



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

LUDWIG ZELLER, POETA MAGICO

Conocí a Ludwig Zeller en Santiago de Chile, allá por 1940, ó quién sabe si un poco antes. Era, en aquel tiempo, un adolescente de extraña catadura y personalidad nada fácil de escudriñar. Sus ojos, que creo azules, acostumbrados como estaban a planear sobre los infiernos imaginarios de Baudelaire y de Rimbaud, habían llegado a adquirir un frío reflejo metálico que él cultivaba con amor de jardinero. Sin embargo, no era difícil descubrir detrás de aquella apariencia demoníaca una ternura casi evangélica y una honda aspiración moral que no encontraban, para expresarse en plenitud, otro inconveniente que su juventud, por aquel entonces excesiva.

Era ese Ludwig Zeller, que intento abocetar, de físico más bien menguado y muy cargado de espaldas. Siempre se le veía por el barrio de San Diego, que es donde se alinean aún, como en una feria alucinante, las librerías "de viejo" o de lance, es decir, las "boquine-ries" santiaguinas. Con cuatro libros en los bolsillos del envejecido gabán, tres bajo el brazo y uno literalmente pegado a la nariz, recorría la gran ciudad, inmerso en su mundo maravilloso, donde oficiaba de pontífice máximo el Conde de Lautreamont.

Nos conocimos en los azares de la intensa vida bohemia de aquellos días y surgió, así, una entrañable amistad, que perdura a pesar de la manifiesta divergencia de nuestros destinos. Recuerdo que en un viejo café, cercano a la Estación Mapocho, me contó una noche cómo la vocación lírica le había hecho saltar del Seminario al tráfago multitudinario del siglo. Otra vez lo vi desafiar, impertérrito, el escándalo burgués de las gentes con un gran paraguas, abierto bajo el sol de enero, que en aquellas latitudes es el mes clave del verano. En alguna ocasión, en la plaza Brasil, me habló de sus poemas, donde, bajo un satanismo más o menos epidérmico, latían una apasionada voluntad de renovar los gastados moldes de la palabra poética, aprovechando las valiosas experiencias del surrealismo y un fervoroso deseo de hacer de la poesía un instrumento mágico de la sabiduría esencial. A través de aquellos poemas, que leía con monorrítmica gravedad de salmodia, se adivinaba una dolorosa encuesta al destino y la huella de muchas noches junto al Viejo Testamento, al Libro de los Muertos, a las más antiguas teogonías.

Años después, ya maduro, se casó con Wera Zeller, delicada flor de los jardines centroeuropeos, con quien realizó trabajos de mucho aliento, entre otros una traducción de las "Grandes Elegías", de Hoelderlin, que la crítica trató con justicia, esto es, con entusiasmo. La antigua bohemia fue reemplazada por un hogar purísimo, que participa, a la vez, de las cualidades mejores de una casa pequeña burguesa, de un laboratorio y de un monasterio. Hijo de alemanes, Zeller ha heredado esa paciencia germánica que tan peregrina nos resulta a los latinos como yo y ustedes. Esto explicará su fabulosa memoria bibliográfica, sus pulcros ficheros, sus colecciones de grabados y sus carpetas, desbordantes de apuntes, traducciones, ensayos y poemas. En cuanto a su desempeño civil tengo entendido que todavía es Comisario de la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación Pública de Chile.

Este es, en breves y deshilvanados trazos, el poeta que acaba de enviarme, desde Santiago, su último libro, que lleva un título por demás sugerente: "Exodo y otras soledades". Amén de sus méritos intrínsecos, este volumen tiene otro no menos estimable. Constituye, en esencia, una antología de las obras que ha publicado desde 1950, tales como "Los elementos", ilustrado por Francisco Otta, que apareció en 1953; "Las marionetas", que datan del 57; "Sed sobre el cuerpo", ilustrado por Otta y Herrera y prologado por Dámaso Ogaz, que es uno de los poetas más serios de la joven generación chilena, y otros que vieron la luz pública en fascículos o revistas.

Me parece una buena idea ésta de antologar toda aquella labor, entre otras cosas porque Zeller, que además de bibliógrafo es bibliófilo —y de los temibles—, ha editado varias de aquellas obras en esas que llaman "ediciones privadas", las que raras veces trascienden el cerrado círculo de los íntimos. Ahora, su mensaje podrá sumarse al coro de esa joven poesía chilena, que ya tiene bastantes méritos como para considerarse legítima heredera de Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Humberto Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle, Julio Barrenechea y Juvencio Valle.

"Exodo y otras soledades", que dedica a su esposa en bellísima frase ("A Wera, estas imágenes hechas de polvo y sueño"), recogen, a veces íntegros, los textos de sus libros anteriores. La selección inicial es de la obra que da título a este volumen. El epígrafe escogido nos ofrece una llave segura para adentrarnos en la esencia de esta primera gavilla. Está tomada de Poe, y dice: "¿Estamos condenados a girar siempre en las tinieblas, sin alcanzar jamás las costas de la eternidad?"

Este mismo grito del alucinado de "Anabell Lee" quebranta la garganta de Zeller en "Exodo":